

LAS «CLASES OSCURAS»: LAS NIÑAS Y LOS NIÑOS EN EL IMAGINARIO DE LAS ÉLITES EN MÉXICO (1843-1844)

The «Dark Classes»: Girls and Boys in the Imaginary of the Elites in Mexico (1843-1844)

María Esther AGUIRRE LORA

Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (UNAM)

Correo-e: mariaestheraguirre@gmail.com

Jesús MÁRQUEZ CARRILLO

Universidad Autónoma de Puebla

Correo-e: jesusml46@hotmail.com

Recibido el 13 de agosto de 2023

Aprobado el 18 de octubre de 2023

RESUMEN: En el presente texto abordamos la literatura para la infancia que emergió durante las primeras décadas del siglo XIX; para ello, nos interesa trabajar en particular *Los niños pintados por ellos mismos* (México, 1843) y *Las niñas pintadas por ellas mismas* (México, 1844), cuyo propósito era contribuir a la formación de los pequeños ciudadanos para el nuevo proyecto de sociedad liberal e ilustrada al que se aspiraban los círculos burgueses. Interesa tener presente que se trata de un campo de tensión en el que también converge el conservadurismo en distintos planos y niveles.

Los ejes que articulan esta contribución son: 1.º el contexto político y cultural en el que se publica este género de revistas; 2.º indicios de la expansión del mundo editorial que posibilita su publicación; 3.º el señalamiento de algunos elementos presentes en ambas publicaciones, que traslucen los imaginarios de la época.

PALABRAS CLAVE: historia del libro; mundo editorial; literatura infantil; cultura liberal-conservadora; imaginarios sociales.

ABSTRACT: In this text we address the literature for childhood that emerged during the first decades of the 19th century; we are interested in addressing in particular *The Children Painted by Themselves* (Mexico, 1843) and *The Girls Painted*

by *Themselves* (Mexico, 1844), whose purpose was to contribute to the training of young citizens for the new liberal society project and enlightened world to which bourgeois circles aspired. It is interesting to keep in mind that this is a field of tension in which the conservatism also converges at different levels and levels.

The axes that articulate this text, are: 1.º the political and cultural context in which this genre of magazines is published; 2.º signs of the expansion of the publishing world that makes this publication possible; 3.º the pointing out of some elements present in both publications, which reveal the imaginaries of the time.

KEYWORDS: History of the book; publishing world; children's literature; liberal-conservative culture; social imaginaries.

[Un libro] es más que una estructura verbal, o que una serie de estructuras verbales; es el diálogo que entabla con su lector y la entonación que impone a su voz y las cambiantes y durables imágenes que deja en su memoria¹.

Jorge Luis Borges

EN LA DÉCADA DE LOS AÑOS 90, de manera paralela a la historia de los libros de texto y las disciplinas escolares, comenzó a tener una significativa importancia la historia del libro, la lectura y la edición en México. Investigadores e investigadoras influidas por Roger Chartier, Robert Darnton, Armando Petrucci, François-Xavier Guerra y Jürgen Habermas, entre otros, se aventuraron por nuevos caminos². En un artículo multicitado, Robert Darnton había escrito que a la historia del libro –si no fuera tan pomposa la denominación– «podría incluso llamársela historia social y cultural de la comunicación impresa, porque su finalidad es entender cómo se transmitían las ideas a través de la imprenta y de qué manera la exposición a la palabra impresa afectó el pensamiento y la conducta de la humanidad en los últimos quinientos años»³. Luego, en su investigación sobre los libros prohibidos en la Francia prerrevolucionaria pudo mostrar que

¹ BORGES, Jorge Luis: «Otras inquisiciones», en *Obras completas, 1923-1972*, edición dirigida y realizada por Carlos V. Frías, Buenos Aires, Emecé Editores, 1984, p. 747.

² La temática sobre los libros de texto y las disciplinas escolares en México la impulsó Luz Elena Galván Lafarga; el primer proyecto, «La cultura del libro en México en los siglos XVIII y XIX», lo encabezó Carmen Castañeda García. A título de ejemplo, basten citar estas obras: CASTAÑEDA, Carmen: *Imprenta, impresores y periódicos en Guadalajara 1793-1811*, Guadalajara, Ayuntamiento Constitucional de Guadalajara, Editorial Ágata-CIESAS, Museo del Periodismo y de las Artes Gráficas, 1999; CASTAÑEDA, Carmen (coord.): *Del autor al lector. I. Historia del libro en México. II. Historia del libro*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Miguel Ángel Porrúa librero-editor, 2002; CASTAÑEDA, Carmen; GALVÁN, Luz Elena y MARTÍNEZ, Lucía (coords.): *Lecturas y lectores en la historia de México*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, El Colegio de Michoacán, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2004.

³ DARNTON, Robert: «¿Qué es la historia del libro?», *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Buenos Aires, 12(2) (2008), pp. 135, 137-139.

esta historia estaba conectada con un circuito de comunicaciones que se extiende «desde los autores y editores a través de los impresores, comerciantes y libreros hasta los lectores... [Darnton descubrió que] los libros circularon en una sociedad inundada de chismes, rumores, chistes, canciones, *graffiti*, carteles, pasquines, hojas sueltas, cartas y periódicos, que dejaron su huella en los libros y que a su vez éstos los afectaron»; [pero también se preguntó por] «la articulación de las ideologías y la formación de la opinión pública»⁴.

Sobre esta base, a la historia del libro, la lectura y la edición se sumaron nuevos enfoques y novedosas perspectivas teóricas y metodológicas, que atienden no sólo a la materialidad del objeto impreso y su visualidad, sino también a distintos procesos. Autor, editor, impresor, librero y lector son vasos comunicantes de un vasto circuito en el que para su estudio confluyen varias disciplinas⁵. Se trata de un universo que poco a poco ha mostrado su complejidad y su condición interdisciplinar, vetas y líneas de investigación que han dejado traslucir filones inéditos: de los diversos tipos de textos se ha transitado a los libros, a los lectores con su variedad de prácticas y representaciones, a los editores, a los impresores, a los libreros; estudios donde se muestran los procesos de producción de saberes, de circulación, de apropiación. Estudios donde lo histórico, lo artístico y lo literario se complementan y articulan, generando efectos de sentido, discursos específicos. La historia del libro, la lectura y la edición nos permiten conocer, identificar y comprender su papel en el devenir de las ideas, las imágenes y los imaginarios, las identidades y las representaciones individuales y colectivas.

I. Algunos antecedentes

A los trabajos seminales de Joaquín García Icazbalceta, Francisco Fernández del Castillo, José Torre Revello, o la magna obra de José Toribio Medina sobre la historia de la imprenta, hoy se suman nuevos temas, problemas y enfoques⁶. Así

⁴ CASTAÑEDA, Carmen (coord.): *Del autor al lector. I. Historia del libro en México. II. Historia del libro*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Miguel Ángel Porrúa librero-editor, 2002, p. 7.

⁵ El surgimiento de la historia del libro «se debió a la convergencia de varias disciplinas en una serie compartida de problemas, todos los cuales estaban relacionados con el proceso de la comunicación». DARNTON, Robert: «¿Qué es la historia del libro?», *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Buenos Aires, 12(2) (2008), p. 135.

⁶ GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín: *Bibliografía mexicana del siglo XVI. Primera parte. Catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600, con biografías de autores y otras ilustraciones, precedido de una noticia acerca de la introducción de la imprenta en México*, México, Librería de Andrade y Morales, Sucs., 1886; FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, Francisco: *Libros y libreros en el siglo XVI*, México, Archivo General de la Nación, 1914; TORRE REVELLO, José: *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas, 1940. Sobre la inmensa producción de José Toribio MEDINA, se pueden mencionar *Historia y bibliografía de la imprenta en el antiguo virreinato del Río de la Plata* (1892); *La imprenta en México, 1539-1810* (1893); *La imprenta en Guadalajara de México, 1793-1821*.

podemos considerar la materialidad y la visualidad del objeto impreso, sus procesos de producción, circulación y puntos de venta, pero también sus múltiples lecturas. Un libro, escribió Jorge Luis Borges, «es más que una estructura verbal, o que una serie de estructuras verbales; es el diálogo que entabla con su lector y la entonación que impone a su voz y las cambiantes y durables imágenes que deja en su memoria»⁷.

Además de obras generales que abordan la República de las Letras, son de considerar las contribuciones de Marina Garone Gravier sobre la historia de las bibliotecas y la tipografía en la época colonial, los tipógrafos y grabadores; Eduardo Báez Macías y Judith Puente León sobre libros y grabados en la Biblioteca Nacional, o Isabel Grañén Porrúa sobre los grabados en los primeros «libros novohispanos desde el punto de vista artístico y su relación con la historia de la imprenta en México»⁸. Una veta importante también ha sido la historia sobre la producción y el mercado de lo impreso, la historia de los impresores editores y libreros, así como sus negocios dentro y fuera del país. Aquí destaca el trabajo de Laura Suárez de la Torre y los grupos de trabajo que ha conseguido reunir⁹. Gracias a este grupo de trabajo se han hecho visibles importantes editores-empresarios del siglo

Notas bibliográficas (1904); *La imprenta en Mérida de Yucatán, 1813-1821. Notas bibliográficas* (1904); *La imprenta en Oaxaca, 1720-1820. Notas bibliográficas* (1904); *La imprenta en Veracruz, 1794-1821. Notas bibliográficas* (1904); *La imprenta en la Puebla de los Angeles, 1640-1821* (1908); *La imprenta en México, 1539-1821* (1908-1912), 8 tomos.

⁷ BORGES, Jorge Luis: «Otras inquisiciones», en *Obras completas, 1923-1972*, edición dirigida y realizada por Carlos V. Frías, Buenos Aires, Emecé Editores, 1984, p. 747.

⁸ CLARK DE LARA, Belem y SPECKMAN GUERRA, Elisa (eds.): *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Volumen I. Ambientes, asociaciones y grupos movimientos, temas y géneros literarios*, México, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2005; CLARK DE LARA, Belem y SPECKMAN GUERRA, Elisa (eds.): *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Volumen II. Publicaciones periódicas y otros impresos*, México, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2005; CLARK DE LARA, Belem y SPECKMAN GUERRA, Elisa (eds.): *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Volumen III. Galería de escritores*, México, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2005; GARONE GRAVIER, Marina (comp.): *Las otras letras: mujeres impresoras en el mundo del libro antiguo, Puebla*, Secretaría de Cultura del Estado de Puebla, 2009; GARONE GRAVIER, Marina (ed.): *Miradas a la cultura del libro en Puebla: bibliotecas, tipógrafos, grabadores, libreros y ediciones en la época colonial*, Puebla, Ediciones de Educación y Cultura, 2012; GARONE GRAVIER, Marina: *Historia de la tipografía colonial para lenguas indígenas*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Universidad Veracruzana, 2014; BÁEZ MACÍAS, Eduardo y PUENTE LEÓN, Judith: *Libros y grabados en el fondo de origen de la Biblioteca Nacional*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 1989; GRAÑÉN PORRÚA, Isabel: «El grabado y su finalidad en los libros novohispanos del siglo XVI», Sevilla, Universidad de Sevilla, 1995, tesis de doctorado.

⁹ SUÁREZ DE LA TORRE, Laura (coord.): *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México, 1830-1855*, México, Instituto Mora, 2003; SUÁREZ DE LA TORRE, Laura Beatriz (coord.): *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto Mora, Instituto de Investigaciones Bibliográfica-UNAM, 2001; ANDRIES, Lise y SUÁREZ DE LA TORRE, Laura (coords.): *Impresiones de México y de Francia. Edición y transferencias culturales en el siglo XIX*, París-México, Maison des Sciences de l'Homme, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis

XIX, como Vicente García Torres, Ignacio Cumplido, y otras temáticas referidas al mundo editorial, incluidos los procesos de edición, donde se incluyen avances técnicos, como la litografía aplicada a las imágenes (por ejemplo, las indagaciones de María Esther Pérez Salas y las de Arturo Aguilar Ochoa, entre otras).

Puede decirse, haciendo un balance general de los logros, que las publicaciones periódicas del siglo XIX en el curso de la primera mitad, y particularmente en el espectacular despliegue que se dio a partir de la década de los 40, transitarían de publicaciones de carácter general a las iniciativas dirigidas a otros sectores particulares de la población, como era el caso de mujeres; trabajadores y artesanos; artistas, actores y músicos; maestros y niños, situación que pone de relieve los avances no sólo en el plano de la Ciudad de México, sino también de los estados, como por ejemplo los trabajos realizados por Adriana Pineda, en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, o por Celia del Palacio, en la Universidad Veracruzana. En el curso de estos años los enfoques y las temáticas sobre la cultura impresa se han diversificado y han fertilizado en una vasta colección de publicaciones especializadas en las que participan diversas instituciones nacionales y extranjeras.

2. De la historia del libro a la historia de la lectura y de los lectores

En este punto, se presentan cuestiones teóricas relacionadas con la lectura y cuestiones históricas. En el siglo XX sucedió el tránsito de una historia del libro cuantitativa e inferencial hacia una historia de las prácticas lectoras. Frente a una historia del libro centrada en los objetos, la historia social de las mentalidades abundó en una propuesta para conocer a los lectores. Aun cuando los aspectos cuantitativos fueron criticados, su aparición también indujo a proponer la idea de entrecruzar la historia cuantitativa del libro con una sociología de la cultura, que finalmente desembocó en un cambio de enfoque, el cual subrayó la importancia de la historia de las lecturas y los lectores.

Precisamente, desde esta perspectiva Roger Chartier plantea que una «historia de las lecturas y de los lectores» ha de ser una historia de los modos de utilización, de comprensión, de apropiación de los textos¹⁰. Es aquí donde el concepto de apropiación adquiere mayor relevancia, pues, por una parte,

se refiere a la actualización de las posibilidades semánticas del texto y por otra, sitúa la interpretación del texto como la mediación a través de la cual el lector puede operar la autocomprensión y la construcción de la realidad¹¹.

Mora, 2009; SUÁREZ DE LA TORRE, Laura (coord.): *Estantes para los impresos, espacios para los lectores, siglos XVIII-XIX*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2017.

¹⁰ CHARTIER, Roger: «Las revoluciones de la lectura: siglos XV-XX», *Revista de Humanidades*, Monterrey, 7 (1999), pp. 92-94.

¹¹ RODRÍGUEZ PARADA, Concepción: «Los catálogos e inventarios en la historia del libro y de las bibliotecas», *Textos Universitarios de Biblioteconomía i Documentació*, Barcelona, 18 (2007), <http://>

La lectura es, entonces, una práctica cultural, realizada en un espacio intersubjetivo, conformado históricamente, varía por el uso y está inscrita en circunstancias específicas.

Leer, sin embargo, no siempre supuso un acto privado. Desde el siglo XVI, en el marco de las guerras de religión en Europa y el fortalecimiento de la monarquía, se fueron estableciendo desde el poder leyes sociales que gobiernan el sentido del texto, formas «propias y legítimas» de lectura, en oposición a las lecturas plurales que el mismo texto entraña y que hace de los lectores permanentes trasgresores. Nos encontramos frente a códigos sociales implícitos y explícitos. La lectura plantea entre el texto y sus lectores una frontera para la cual los intérpretes oficiales entregan «sólo pasaportes, al transformar su lectura (legítima, *también*) en una “literalidad” ortodoxa que reduce a las otras lecturas (igualmente legítimas) a sólo ser heréticas (no “conformes” al sentido del texto) o insignificantes (abandonadas al olvido)»¹².

Por otra parte, en una obra ya clásica, Peter Burke subrayó cómo en la circulación impresa (folletos, gacetillas, hojas sueltas, almanaques, etc.) de los siglos XVI-XVIII es posible ver para el caso de la Europa occidental dos graduales, pero importantes, cambios: secularización y politización. En cuanto al primero, señala, quizá deberíamos distinguir dos sentidos, uno enfático y otro más tenue. El primero estaría caracterizado por un rechazo de la religión de manera abierta o inconsciente; el segundo, por la expresión –en aumento– de las esperanzas y los miedos en términos mundanos. Puesto que esperanzas y miedos adquieren otro modo de enunciarse, el interés por conocer los problemas circundantes y sus posibles soluciones desemboca en el nacimiento de una «opinión pública» y una actitud crítica (no necesariamente hostil) hacia los gobiernos¹³. Pero, al cristalizarse ambas, podemos hablar para el siglo XVIII no sólo de una paulatina politización en los asuntos relacionados con la cosa pública, sino también de un marcado interés por las cosas temporales. Del mismo modo, Roger Chartier encuentra que entre los siglos XVI y XVIII la circulación multiplicada del escrito impreso transformó las formas de sociabilidad, habiendo permitido nuevas ideas y modificado las relaciones con el poder¹⁴.

Estos procesos, donde está involucrada la cultura impresa, junto a los cambios económicos y sociales del periodo, desembocaron en el nacimiento de una opinión pública moderna, acompañada de una esfera y un espacio públicos, pero también de un cambio más amplio en las sensibilidades cotidianas, debido al despliegue de una revolución humanitaria en cuyos orígenes se encuentra una reacción

bid.ub.edu/18rodri4.htm

¹² CERTEAU, Michel de: *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1996, pp. 184.

¹³ BURKE, Peter: *La cultura popular en la Europa moderna*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, pp. 360-376.

¹⁴ CHARTIER, Roger: *El mundo como representación. Estudios sobre Historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992, p. 107.

frente al sufrimiento de los seres vivos¹⁵. Así, una amplia y nueva cultura del libro y del impreso permitió a los lectores el desarrollo de una imaginación moral que trascendió fronteras de clase o rango¹⁶. En el siglo XVIII, las y los lectores europeos se conmovieron hasta las lágrimas con las novelas recién salidas de las prensas; estaba en marcha una nueva sensibilidad.

Ahora bien, desde finales del siglo XVII se había ido configurando en el mundo de la cultura impresa lo que hoy denominamos una literatura infantil, cuya encomienda es instruir y deleitar. Sobre la base de que el corazón del hombre en su puerilidad era como «una lámina bruñida en la más oportuna aptitud para recibir el dibujo que quiera grabar en ella el buril de la educación», impresores y grabadores se dedicaron a esa tarea, haciendo coincidir sobre el papel imagen y texto. Hoy, al estudiar esta producción y los circuitos por los que se ramificó es necesario devolverle su sentido, encontrar las relaciones entre textos e imágenes.

3. Mundo editorial en movimiento

Las primeras décadas del siglo XIX, en medio de la búsqueda de definiciones y conflictos de todo tipo que se dieron alrededor del movimiento de independencia en México (1821), marcaron un importante despliegue de la industria-mundo editorial, donde entraron a jugar distintas circunstancias que lo harían posible: las condiciones favorables abarcan desde la elaboración del propio papel en vez de depender de su importación de Inglaterra, Francia o España; la legislación referida a la libertad de expresión y la libre asociación; la flexibilización de las leyes conforme a las cuales funcionaban las imprentas que transitaban del antiguo régimen gremial a la liberalización de las disposiciones referidas al comercio y a la industria; la política en torno al impulso de la instrucción pública en la cual, por supuesto, están la alfabetización y el fomento a la lectura y la atención a diversas poblaciones, lo cual era favorable al surgimiento de distintos tipos de publicaciones. En este contexto, el asunto editorial no sería ajeno a las posibilidades que ofrecía como una empresa redituable a los ojos de nacionales y extranjeros. Humboldt, con la publicación de *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle-Espagne* (París, 1811) había visibilizado el territorio nacional como un cuerno de la abundancia que ofrecía múltiples posibilidades a quien lo visitara. De manera paralela, Francia estaba devastada por los conflictos bélicos alrededor del Primer Imperio francés comandado por Napoleón Bonaparte, situación que había alterado profundamente la vida social y la economía de la población.

¹⁵ PINKER, Steven: *Los ángeles que llevamos dentro: El declive de la violencia y sus implicaciones*, Madrid, Paidós, 2012.

¹⁶ Para Ginzburg, «la imaginación moral no tiene nada que ver con la fantasía... Esa imaginación quiere decir, por el contrario, sentir mucho más de cerca a ese asesino de la usurera, o a Natacha, o a un ladrón, un sentimiento que es, justamente, lo contrario del narcisismo». SOFRI, Adriano, «Una entrevista especial a Carlo Ginzburg», *Prohistoria. Historia, Políticas de la Historia*, 3 (1999), p. 279.

Ahora bien, en el universo que se configuraba hacia 1830-1840 alrededor de las ediciones confluían, en una suerte de empresa colectiva, diversos actores que iban más allá de los escritores y autores involucrados en la producción de textos; también jugaban un papel muy importante, cada vez más, los editores, los traductores, los impresores, los tipógrafos, los dibujantes y litógrafos, los librereros, cada uno con sus propias trayectorias, sus propias competencias y limitaciones, su campo de acción y sus redes de relaciones, pero que, a fin de cuentas, participaban en un proyecto colectivo. Estamos en el terreno de lo que Darnton, al abordar la historia cultural de la cultura impresa, plantea como los circuitos de comunicación que median entre los autores y los editores, en sus distintas fases y protagonistas, pero, finalmente, formando comunidad¹⁷. Se trata de protagonistas que, cada quien desde su lugar, constituyen verdaderos mediadores culturales que tienden puentes donde se necesiten para que tengan lugar distintos niveles de transferencias.

En el caso de *El Diario de los Niños* (1839), *Los niños pintados por sí mismos* (1843), *Las niñas pintadas por sí mismas. Sus tipos, caracteres y retratos* (1844), podemos decir que nos encontramos frente a la trilogía de Vicente García Torres que forma parte del andamiaje de lo que se constituirá como literatura infantil-juvenil, fenómeno común a Occidente mediado por el descubrimiento de la infancia, con toda la elasticidad que implicaba este concepto que aún se estaba construyendo, y, sobre todo, interesados, como hombres ilustrados, en favorecer la instrucción de amplios sectores. La modernización de la sociedad traería consigo nuevos oficios, nuevas amalgamas de ocupaciones, nuevas empresas, donde ocupa un lugar importante la cultura impresa y en ella el género revistas literarias, que integraron los distintos tipos de publicaciones periódicas; las referidas a los niños y jovencitos, si bien tenían el propósito explícito de divertir, entretener, instruir como uno de los recursos tempranos para formar ciudadanos y fomentar el amor por la patria, por la Nación¹⁸, también expresaban los imaginarios presentes en la sociedad.

En el caso del mundo editorial del que participa Vicente García Torres (1811-1894), una de las tareas que se impone desde el principio, en vista de las carencias del país, recién independizado y cortando lazos de todo tipo con España, es la traducción de las obras que se desee publicar, sea que el modelo de publicación sea inglés o francés. Se buscan publicaciones o textos de calidad de otros países mientras que México va generando la práctica y van emergiendo quienes habrán de participar en ella. García Torres, como editor de estas publicaciones infantiles iniciales, es consciente de ello, lo cual nos remite a usos recurrentes durante las primeras décadas del siglo XX. En el *Diario de los Niños*, en la introducción señala:

¹⁷ DARNTON, Robert: *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 116-146.

¹⁸ AGOSTINI, Claudia: «Divertir e instruir. Revistas infantiles del siglo XIX mexicano», en CLARK, Belem y SPECKMAN, Elisa (eds.): *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, II, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2015, pp. 171-182.

Copiaremos cuanto en los periódicos ingleses sea análogo a nuestro objeto. Tomaremos de las mejores obras cuanto sea digno de presentarse a nuestros conciudadanos, y tendrá un lugar en nuestras columnas lo útil y lo agradable, sea cual fuere su origen.

De tal modo, este tipo de publicaciones integró textos procedentes de otras revistas y de libros ingleses, franceses e incluso españoles, aunque prevaleciendo el interés por generar una cultura nacional. Por esos mismos años se había fundado la Academia de Letrán (1836-1838) con el propósito de producir literatura nacional, de «mexicanizar la literatura», con lo cual impulsaba el despliegue del costumbrismo, vía para que los mexicanos se reconocieran en los prototipos populares planteados con el recurso de las artes visuales y de la literatura, con lo cual se fortalecería la construcción de la identidad nacional. Son años en que, además, echan raíces otras instituciones y academias que dan cuenta de la formación de nuevos grupos de letrados cuyo proyecto era participar en la construcción de un proyecto de nación moderna, civilizada y de avanzada. La cultura impresa se renovaba y expandía.

La participación de García Torres al respecto fue muy importante: él se inició en el mundo de la impresión a partir de la traducción de textos del inglés y del francés. De origen humilde, siendo un jovencito (tenía alrededor de 15-16 años), estamos en 1826, fue asistente del general José Morán y del Villar, marqués de Vivanco (1774-1841), y se formó a su lado. Una de las experiencias que lo marcaron fueron los viajes que hizo con él, primero a Inglaterra y después a Francia, lugares en plena efervescencia social y cultural donde, además del aprendizaje del idioma, adquirió el oficio de impresor, ocupación que asumiría de regreso a México, hacia 1837-38. Con el conocimiento del inglés y del francés y la posibilidad de traducir de ambos idiomas, pudo colocarse en el mundo editorial a muy buen nivel¹⁹. Poco a poco se fue relacionando con otros traductores y con otros editores hasta llegar a establecer, en principio, una sencilla casa editorial; cuando tuvo suficientes recursos le compró a Mariano Galván su propia imprenta, con lo que mejoró cualitativamente su instrumental de trabajo y sus propias condiciones como editor. Con el tiempo, junto con Ignacio Cumplido, que era su amigo y colaborador, fueron los impresores más reconocidos por esos años al lado de José María Fernández de Lara y Manuel Murguía, entre otros²⁰.

Estamos hablando del importante y espectacular despliegue de publicaciones de distinto tipo que se dio de 1821 a 1853; coexistían en la ciudad de México

¹⁹ Inicialmente, tradujo del francés el *Tratado completo de la diplomacia*, que gozó de una gran aceptación en México.

²⁰ CELIS DE LA CRUZ, Martha: «El empresario Vicente García Torres (1811-1894)», en CASTRO, Miguel Ángel (coord.): *Tipos y caracteres. La prensa mexicana, 1822-1855*, México, UNAM-IIB, 2001, pp. 147-159.

alrededor de doscientas imprentas y pequeños talleres de impresión, algunos de ellos con una corta vida, en tanto que otros se mantuvieron a lo largo del siglo²¹.

Ahora bien, la práctica de editar textos traducidos no fue exclusiva de México: Inglaterra surtía a Francia, Francia a España, España a México²². En el caso de *Los niños pintados por ellos mismos*, escrita por H. SAILLET, el editor y adaptador de la obra francesa al español que se publica en Madrid es Manuel Benito Aguirre (1843), quien necesariamente estuvo en contacto con el editor mexicano, García Torres. En relación con *Las niñas pintadas por ellas mismas* (Imagen 2, Portada) se señala que la obra fue escrita en francés por H. SAILLET y traducida al español por algunos mexicanos «afectos a la tierna niñez» y publicada en 1844 por Vicente García Torres. SAILLET (1812-1866), también conocido como Alexandre SAILLET o con el seudónimo de Joseph HÉRIN, fue un escritor particularmente comprometido con la educación de niños y jóvenes, con quienes concretaría, pensaba, la apuesta del proyecto liberal y, en ese sentido, sus publicaciones resultaron innovadoras.

Este grupo de impresores, editores y traductores de obras para los niños comparte la política liberal de extender la escolarización a distintos sectores sociales y, en ese sentido, ofrecerles materiales de lectura pronunciándose por la educación ofrecida por el Estado. Manuel Benito Guillén, en este sentido, fue autor y colaborador de distintas obras²³, además de participar como inspector escolar y vicedirector de la Academia de Instrucción en España, lo cual habla a favor de su conocimiento del medio escolar y de sus intereses por difundir obras como *Los niños...* y *Las niñas...* Vicente García Torres, que había vivido de cerca el despliegue industrial de Inglaterra, la emergencia del sector obrero y la difusión del socialismo utópico, en tanto que en Francia estuvo al tanto de las propuestas de Saint Simon y de Fourier²⁴, en México se propuso contribuir a la modernización del país con sus propios recursos editoriales aportando materiales de lectura para alfabetizar y escolarizar a las jóvenes poblaciones, asimismo participó en la difusión del sistema lancasteriano. Pocos años después, hacia 1844, sus convicciones ideológicas lo llevaron a editar *El Monitor Constitucional*, más adelante renombrado *El Monitor Republicano*, que, junto con *El Siglo XIX*, editado por su amigo Ignacio Cumplido a partir de 1841, fueron dos de los periódicos más relevantes de México.

²¹ GIRON, Nicole: «El entorno editorial de los grandes empresarios culturales: impresores chicos y no tan chicos en el entorno de la Ciudad de México», en SUÁREZ DE LA TORRE, Laura y CASTRO, Miguel Ángel (coords.): *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, pp. 51-64.

²² BOTREL, Jean François: *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Sánchez Ruipérez/Pirámide, 1993, pp. 541-653.

²³ *Catecismo político de los niños. Breves nociones de los derechos y deberes del ciudadano español con arreglo a la Constitución de 1837* (1839); *Los percances de un carlista, juguete dramático original en verso y en prosa* (1840); *Bosquejo histórico, filosófico y político del estado de la educación primaria en España* (1841); en coautoría, *El mentor de la infancia o el amigo de los niños* (1842).

²⁴ CELIS DE LA CRUZ, *op. cit.*, pp. 148-150.

Pero, en la expansión del mundo editorial de aquellos años, hubo otro evento particularmente importante para las publicaciones que nos ocupan: el desarrollo de la litografía en las circunstancias propias de México. *Los niños...* y *Las niñas...* forman parte de un grupo de publicaciones (subgénero) que se identifican desde el mismo título «pintados por sí mismos», cuyo origen fue Inglaterra, que sirvió de modelo a Francia, Francia a España y España a México²⁵. Se trata de publicaciones por entregas, que después se publicarán como libros, donde se busca caracterizar a las poblaciones a partir de lo que se percibe como identidad (¿o imaginario?), lo cual da lugar al establecimiento de ‘tipos’ vinculados con la propia percepción de la sociedad que los establece; cada tipo que forma parte de la publicación en turno incluye el dibujo del personaje y su descripción literaria. De un país a otro median algunas selecciones y adaptaciones, pero, en lo sustancial, se mantienen el contenido y las imágenes y el gran recurso que se pone en juego, en relación con las técnicas de impresión y divulgación masiva de imágenes, de acuerdo con los avances de la época, es la litografía, novedosa técnica inventada por el músico Alois de Senefelder a finales del siglo XVIII (1796) que grababa las imágenes en piedra caliza con un lápiz graso y pincel, lo cual representaba un importante ahorro de recursos y de tiempo en la medida en que de una misma placa podían obtenerse múltiples imágenes que conservaban la calidad original.

La litografía desplazará a la xilografía, que había dominado la época anterior, ya que los grabados hechos en madera y en metal perdían en claridad y definición en la medida en que se usaban. También el aguafuerte, cuyo uso había sido muy frecuente, fue desplazado. El nuevo recurso litográfico facilitaba la reproducción masiva de las imágenes usando una sola plancha sin que perdiera calidad. A la vez, permitía otro refinamiento en el acabado, con más texturas y contrastes, lo cual respondía mejor a la sensibilidad propia del romanticismo.

En México, el problema para generalizar el uso de la litografía en las revistas y otro tipo de publicaciones con ilustraciones era echar a andar el recurso litográfico en la medida que otros países europeos y Estados Unidos habían avanzado al respecto. Había antecedentes al respecto: Claudio Linatti (1790-1832) y Gaspar Franchini harían gestiones con el Gobierno de México para introducir la litografía: portarían sus instrumentos y utensilios de trabajo y abrirían un taller para hacer impresiones y para transmitir el oficio²⁶, pero la estancia de Linatti en México fue muy breve, de 1825 a 1826, y tuvo que salir por inmiscuirse en política interna²⁷; al residir en Bruselas, hizo el primer libro con tipos mexicanos en cromolitografía, *Costumes civiles, militaires et reigeux du Mexique, dessinées*

²⁵ *Les anglais peints par eux-memes*, Paris, L. Curmer, 1840, 2 vols.; *Les français peints par eux-memes: encyclopédie morale du dix-neuvième siècle*, Paris, L. Curmer, 1841-1842, 8 vols.; *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, I. Boix, 1843-1844, 2 vols.; *Los mexicanos pintados por sí mismos*, México, Imprenta de M. Murguía, 1854.

²⁶ Ellos dos, junto con Florencio Galli y el poeta cubano José María Heredia, fundaron *El Iris* (1826), que fue la primera revista nacional ilustrada con las primeras litografías hechas en México.

²⁷ O’GORMAN, Edmundo: *Documentos para la historia de la litografía en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1955.

d'apres natures por C. Linatti (Bruselas, Litografía Real de Jobard, 1828), muy bien aceptado en Europa; a través de él se difundieron los primeros tipos mexicanos. Logró una nueva autorización para venir a México, pero murió en 1832, al pisar tierras mexicanas.

El asunto es que los implementos de Linatti fueron a dar a la Academia de San Carlos, donde se utilizaron escasamente: los litógrafos franceses Pierre Robert y Jean Charles Adrien Fournier, hacia 1828, se ofrecieron como maestros de litografía, pero las autoridades de la Academia de San Carlos no los aceptaron; Waldeck hizo algún uso de las prensas de Linatti, pero su iniciativa no pasó a mayores. La Academia no se encontraba en su mejor momento y si bien dio algunos cursos sobre la técnica alrededor de 1830, en 1836 abandonó la posibilidad de enseñarla; no estuvo en condiciones de fomentar su desarrollo ni de impulsar su transmisión, por más que existían algunos discípulos, como José Gracida y José Ignacio Serrano y algunos jóvenes del Hospicio, entre otros, que la habían aprendido de Linatti²⁸.

Paralelamente, movidos por la apertura comercial del país y el deseo de encontrar mejores condiciones para desarrollar el arte de la imprenta, alrededor de la década 1830 llegaron al país litógrafos franceses con el propósito de montar imprentas bien equipadas con el instrumental más actualizado (como el caso de Jean Charles Adrien Fournier, de Joseph Decaen y Jules Michaud), que actuaron como empresas autónomas, al margen de la Academia de San Carlos. En ellas algunos mexicanos se fueron formando en este campo e incluso destacaron, como fue el caso de Hipólito Salazar (1820-1877), que logró combinar su formación como dibujante y conecedor de la técnica litográfica en la Academia de San Carlos con el aprendizaje práctico del oficio de litógrafo en el taller del Maestro Joseph Decaen y de Baudouin. De hecho, fue el primer mexicano que estableció un taller de litografía (1840), que fabricó su propia prensa litográfica y que participó en alguna de las publicaciones infantiles de Vicente García Torres. Para *El Diario de los Niños*²⁹ hizo «Los jóvenes artistas», firmado por él, contrariamente al uso del anonimato que dominaba en la época³⁰.

En el curso de los años 1830 a 1840 proliferaron imprentas puestas en toda forma por litógrafos franceses al lado de sencillos talleres de impresión, espacios que constituyeron lugares de trabajo interesantes donde coexistieron, en sintonía con el oficio, nacionales (como Severo Rocha, Hipólito Salazar, Plácido Blanco)

²⁸ TOUSSAINT, Manuel: *La litografía en México en el siglo XIX*, México, Estudios Neolitho, 1934; O'GORMAN, Edmundo: *Documentos para la historia de la litografía en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1955; AGUILAR OCHOA, Arturo: «Los inicios de la litografía en México: el periodo oscuro (1827-1837)», *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 90, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 2007; PÉREZ SALAS CANTÚ, María Esther: «Genealogía de los mexicanos pintados por sí mismos», *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 48(2) (1998).

²⁹ *Op. cit.*, pp. 64-65.

³⁰ DOMÍNGUEZ LÓPEZ, Ulises: *Hipólito Salazar: un recorrido por la litografía del siglo XIX* (Tesis de licenciatura en Historia, México, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras), 2016, pp. 4-16.

y extranjeros (Charles Fournier, Agustín Massé, Joseph Decaen), reconocidos internacionalmente por el refinamiento de su trabajo.

Por lo demás, la presencia de Francia y el impacto sobre la sociedad mexicana se daría no sólo a través de la circulación y las transferencias culturales planteadas en el contenido de los textos escritos, también de las imágenes que integraban las revistas, intercambios planteados en ambas direcciones. «Estas transferencias culturales no son simples préstamos: revelan todo un trabajo de adaptación a la realidad mexicana, de aculturación y de traducción, cuestiones que constituyeron el tema central de este proyecto»³¹.

En un inicio, por la situación que mencionábamos, las imágenes se copiaban de otras publicaciones europeas, principalmente francesas y españolas, o bien eran factura de algún extranjero residente en el país o de algún viajero. Pero con los años la demanda de autores, editores, lectores, librerías se focalizaba más a las adaptaciones a la realidad local que se ensayaban y a los pocos años maduraron obras que resultarían muy representativas del género de tipos, inscrito en la perspectiva del costumbrismo³².

4. Lente para mirar las revistas infantiles de García Torres

La literatura infantil que publicó García Torres recogía las tradiciones y las búsquedas del momento: la identificación de tipos populares, el uso de la litografía y la perspectiva costumbrista, vertientes que, si bien partían de modelos extranjeros —en este caso Francia y España—, poco a poco mirarían hacia la realidad nacional. *Los niños...* parte de un modelo francés ya adaptado por los españoles, cuya factura es local: en 1843 sale de las prensas litográficas de un mexicano, de García Torres, con una calidad de imágenes que superaron a las de factura española. El editor mexicano respetó las imágenes originales que se habían hecho en Madrid, en los talleres litográficos de J. Aragón y de Bachiller, donde trabajaba J. Avrial³³, sólo las trasladó a las planchas litográficas, pero introdujo algunos cambios en los textos para hacerlos accesibles a la sociedad, y a la realidad, mexicana. El editor, García Torres, entre las palabras preliminares a *Los niños...* explica así cuáles fueron los cambios que introdujo en la obra: «... era indispensable disminuir un poco su volumen para poder hacer más general su adquisición; así como también evitar algunos provincialismos, frases y palabras que harían poco inteligibles algunos pasajes a la generalidad de nuestros niños». Y consciente del carácter de la edición, de la impronta francesa y española vertidas en ella, plantea, a través de estas pequeñas modificaciones, ir «nacionalizándola» poco a poco.

³¹ ANDRIES, Lise: «Transferencias culturales en la prensa y los impresos entre Francia y México en el siglo XIX», *Bulletin Hispanique*, 113(1) - juin 2011-, 2007, pp. 457-467.

³² Nos referimos a *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1854) y *México y sus alrededores* (1855).

³³ BOZAL, Valeriano: «El grabado popular en el siglo XIX», *Summa Artis*, XXXII (1987), p. 292; *apud* PÉREZ, *op. cit.*, p. 187.

En el caso de *Las niñas*, publicada en México un año después, en 1844, se parte de una publicación escrita en francés por H. SAILLET y en cuya autoría y traducción al español también participaron mexicanos, de distinta filiación (como fue el caso de Emma Chretien, Leopoldina Puzin, Paulina d'Ogerón, en su condición de autores, y de Soledad Olaguibel, Isidro R. Gondra, Rafael Espinosa, J. M. Calderón y Luis Maya, como traductores); se hicieron modificaciones importantes para adecuar los contenidos a la propia experiencia local. Las ilustraciones litográficas se dan en el marco del romanticismo y corresponden a los parámetros europeos, ajenos a la realidad nacional (véase «La hortelana», tan distante a lo que sería la mujer campesina mexicana), aun cuando los relatos se hagan en primera persona. En *Las niñas* hay menos imágenes en relación con las que se introducen en *Los niños*.

Los niños y *Las niñas* nos presentan, en un primer nivel, universos complementarios mediados por el imaginario social con respecto al género. Al niño se le atribuye, a través de dieciocho personajes, la vida activa y el ejercicio de los oficios propios de los medios urbanos tales como colegiales, instructores, escribientes, aprendices de impresores, aprendices de sastres, aprendices de hilanderos, aprendices de pintores, grumetes [*sic*]. Asimismo se presentan ocupaciones de la vida rural, como pastorcitos, leñadores, labradores, y otras actividades marginales, propias de la infancia abandonada que circulaba por las calles de la ciudad, tal es el caso de mendigos, fosforeros, expósitos, ciegucecitos, niños que trabajan con los artistas callejeros, como los saltimbanquis y los cómicos, en tanto que a las niñas se les atribuyen otros comportamientos, algunos ligados con ocupaciones, como pupilas y aldeanitas, o bien defectos que habría que corregir, tales como ser coquetas (interesadas por el baile, la música y el dibujo, actividades que el siguiente siglo plantearía como innovadoras), curiosas (entendida como la que quiere enterarse de lo que no le compete), caprichosas, envidiosas y burlonas, de modo que el autor-editor se propone, en términos generales, mostrar comportamientos negativos, defectos que hay que corregir, donde media la reprobación de los demás o el arrepentimiento, a la manera de un espejo invertido que motiva la corrección. Para ellas se propone formar una mujer virtuosa, modelo propio de los sectores medios y de las élites cristianas, que superara la frivolidad que se le atribuía a la mujer, propicia a todo tipo de desviaciones, de carencias e imperfecciones.

Pensemos en las primeras décadas del siglo XIX y los proyectos de vida que tenían frente a sí las mujeres: convento o matrimonio, situaciones que se definían en el modelaje de su comportamiento: mujer piadosa, abnegada, recatada, amorosa, dedicada en cuerpo y alma a los hijos, como lo van promoviendo las revistas femeninas de la época. Aquí es importante no perder de vista que estas imágenes de lo que debía ser la mujer son construcciones histórico-culturales y venían de siglos atrás. Por distintos medios se fortalecía la práctica del ser mujer, lo que se esperaba de ella, y las revistas jugaron su papel en la construcción de estos imaginarios sociales, se aconsejaba a las madres:

... que aleje cuanto pueda a su hija de las reuniones ruidosas, y el modo más seguro para conseguir esto, es confiar por algunos años a las niñas que tanto aman a las personas encargadas de educarlas... deben unir los hábitos de trabajo, orden y economía doméstica a los preceptos de una instrucción sólida y acomodada a su sexo, y los hábitos de dulzura, de decencia y de modestia, a los mandamientos de una religión sabia e ilustrada [...]»³⁴.

Un elemento más que domina la escena en *Las niñas...* es el papel que juega la familia, presente de diversas formas, tanto como una de las principales destinatarias de las revistas infantiles, por el ambiente que ofrece para transmitir los comportamientos positivos y superar los indeseables, por los espacios de convivencia que se traslucen, por las redes de relaciones que se traban en su interior, las propias del parentesco y los lazos de sangre y las que proceden de los grupos domésticos nucleares. Se transmiten espacios cordiales, armoniosos, donde no hay conflictos o, en todo caso, se resuelven y se liman asperezas, mediados por la autoridad masculina del padre y la sujeción de la madre, con una clara diferenciación de atributos de cada género, de intereses, responsabilidades y cargas de trabajo en el medio urbano y en el medio rural. Pudiera decirse que las familias en que transcurría la vida de *Las niñas...* respondía más a una perspectiva tradicional, conservadora, en la que continuaba legitimándose la autoridad masculina, la absoluta dependencia de la mujer y la búsqueda de la moralización de la sociedad, aunque la aspiración de fondo fuera lograr un núcleo moderno, secularizado. La presencia de la Iglesia, en forma de preceptos y valores propios de la vida novohispana, seguía siendo muy fuerte; se trataba de un pasado reciente y habrían de pasar varios años para que ocurriera la lenta transformación de las mentalidades y las costumbres.

En el caso de *Los niños* predomina la intención de formar trabajadores para el proceso de industrialización que apenas se iniciaría en el país, a la vez que incidir en la formación de un incipiente círculo de letrados. En este contexto, es importante no perder de vista que la revista se originó en Inglaterra y de ahí fue pasando por Francia y España hasta llegar a México. Inglaterra estaba imbuida en proyectos modernizadores que volvían los ojos a las revoluciones industriales (la primera de ellas tuvo lugar en Gran Bretaña, 1760-1860) con todo lo que ello implicaba de nuevas formas de organización social y de su impacto sobre la vida cotidiana, la valoración del trabajo como mercancía, la emergencia de la clase trabajadora: había que formar para el trabajo. México, recién independizado e incursionando en las vías de la modernidad, no podía ser ajeno a estas preocupaciones que atravesaban a los países más adelantados de Occidente, que se veían como modelos a seguir. Así, se transitaba de la organización gremial a la formación para el trabajo asalariado. *Los niños...*, desde su propia circunstancia, se adhiere a estos proyectos: se pretende civilizar a la población, de disciplinarla y organizarla con miras

³⁴ SAILLET, H.: *Las niñas pintadas por ellas mismas. Tipos, caracteres y retratos*, adaptación al español de Manuel Benito Aguirre, traducida por varios, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1844, p. 10.

a generar una clase trabajadora. Se trata del niño como trabajador en ciernes, sea como artesano, preparándose en el oficio, o bien como operario para insertarse en los círculos de obreros que se iban gestando.

En fin, la confrontación con ambos universos nos conduce al terreno de los imaginarios sociales sobre la cultura femenina en contraposición con los de la masculina. En ambos casos hay que instruirlos y civilizarlos, hay que conformarlos en relación con la moral propia de la época y conforme con lo que se exigiría del modelo femenino y masculino vigente entre las élites y los sectores medios. Se trataba de representaciones admitidas y compartidas socialmente.

Por otra parte, además de las imágenes, en ambos casos, *Los niños...* y *Las niñas...* los autores ponían en juego distintos artilugios para hacer accesibles y amenos los textos: hay una escritura en primera persona que daría la sensación de que habían sido elaborados por ellos. Se introducen diálogos, experiencias de la vida cotidiana, referencia a anécdotas que transcurren en los ambientes familiares, relatos autobiográficos, ejercicio del género epistolar, inserción en el texto de cuentos tradicionales (como el del vendedor de cerillos) que concluyen con la superación del comportamiento no deseado, en el arrepentimiento, en el perdón, en la conmiseración. A veces hay relatos de segundo nivel, relatos dentro del relato principal, o bien la escritura de cartas. Se introducen recursos en boga, como la linterna mágica, en el caso de *Los niños...* Y, si bien están escritos para los niños, los padres son los interpelados. Es clara la intención de dirigirse a los sectores acomodados de la sociedad: se perciben los intereses y los conflictos, el uso del tiempo, las comodidades, el arreglo personal, y los excesos con los que se vive, la servidumbre a su servicio. Son evidentes la búsqueda de ascenso social y de distinciones.

Si bien en el caso de *Los niños...* se integran sectores marginales de la sociedad, hay sombras de penumbra que se empiezan a manifestar en múltiples problemas sociales y lo que se percibe como necesidad de establecer instituciones para controlar los comportamientos desviados: hospitales, hospicios, asilos, casas de corrección. Paralelamente se formulan regulaciones contra la vagancia, la mendicidad, el hurto y la ociosidad y se van ideando distintos sistemas de vigilancia; son leyes y disposiciones que comenzaron a emitirse desde las primeras décadas del siglo XIX, alrededor de 1828³⁵, evidenciando que no todo era candor e inocencia en la niñez.

5. A modo de cierre

Revisar las revistas en función del público al que se dirigían, percibir las como parte de un proyecto ilustrado, analizar los modelos que se presentaban a las po-

³⁵ SÁNCHEZ MAYOR, Hilda Margarita: «La percepción sobre el niño en el México moderno (1810-1930)», *Tramas*, 20 (2003), pp. 33-59; STAPLES, Anne: *Recuento de una batalla inconclusa. La educación mexicana de Iturbide a Juárez*, México, El Colegio de México, 2005.

blaciones jóvenes, a la niñez, inducir las a la vida de trabajo, de esfuerzo, de compromiso con el desarrollo de la patria nos plantea una situación donde se filtra el deseo de construir instituciones y comportamientos en la perspectiva del pensamiento liberal, la persistencia los valores y los preceptos cristianos, la autoridad masculina frente a la mujer, la familia como institución conservadora, la inserción en el mundo laboral desde muy temprana edad a través de los oficios. Para los años 1840, si bien no se podía ir más allá de la presencia del modelo propio del conservadurismo ligado a la religión, a las formas de autoridad tradicional, entre otras prácticas y valores que ayudaban a darle estabilidad a la sociedad recién independizada conservando la impronta del régimen novohispano³⁶, también es cierto que estas publicaciones dirigidas a las poblaciones jóvenes abrieron el horizonte para aproximarse a la literatura y superar los ambientes dominados por catecismos y silabarios.

³⁶ Morales y Fowler señalan tres momentos en el despliegue del conservadurismo en México: 1821-1857, 1858-1876 y 1876-1910, y muestran cómo esto coincide con el propio despliegue del liberalismo en el país. MORALES, Humberto y FOWLER, William: «Génesis y evolución del pensamiento conservador en México durante el siglo XIX», en KANOUSI, Dora: *El pensamiento conservador en México*, México, Plaza y Valdés, 2002.

